VALIJA *indiscreta*

NOTICIAS DEL JAPON

Ahora que Franco ha roto las relaciones diplomáticas con el Mikado, parece conveniente que divulguemos algunos conocimientos sobre el Japón, por si llega el caso de que tengamos que hacerle la guerra. Una elemental regla de prudencia aconseja conocer al enemigo, para calcular su fuerza y prevenir sus mañas, mucho más cuando se trata de un enemigo tan enigmático como el que ahora nos ha proporcionado el celo patriótico del "generalísimo".

Del Japón no solíamos saber mucho los españoles. Un general español de fines del siglo pasado explicaba en una academia militar "Historia Universal y del Japón", pero no creemos que se conserven sus interesantes lecciones. Años después, Gómez Carrillo escribió un libro, "El Japón heroico y galante", que publicó la Editorial Renacimiento en una colección económica, lo que contribuyó mucho a la cultura popular. En los diccionarios enciclopédicos se pueden encontrar también muchos datos interesantes sobre aquel lejano país, y como en la emigración tantos buenos amigos míos se han dedicado a hacer otro diccionario enciclopédico, yo no dudo en utilizar los conocimientos que han atesorado dichos amigos para ponerlos al alcance de los lectores de este semanario.

He aquí las noticias que he podido reunir sobre el tema: Según personas que deben de haberlas contado, el Japón está formado por 4.072 islas. Ese enorme archipiélago se encuentra en el océano que Magallanes bautizó con el nombre de Pacífico antes de saber que en él vivían los japoneses. El Japón no se llama Japón, del mismo modo que Hitler no se llama Hitler, sino Schicklgruber. El verdadero nombre del Japón es "To-yo-ashi-wara-no-chi-aki-no-naga-i-ho-eki-no-mizuhono-kuno" (escrito con caracteres japoneses resulta más bonito), o sea: "Tierra de exuberantes bambúes, tierra de nuevas espigas de arroz, de un millar de otoños, de quinientos largos otoños". Esa tierra tan poética produce principalmente japoneses, arroz, crisantemos, cerezos, soja, acorazados, artillería de marina, pequeños poemas llamados haikai y terremotos. Los chinos fueron los que civilizaron al Japón primitivo de los bárbaros ainos, pero no parecen haber quedado muy satisfechos de su obra. Los chinos llevaron a los japoneses el lenguaje, la religión, la alfarería, la seda, las artes de impresión, la poesía, la pólvora, la poligamia, la moneda, el té, el barniz de laca, la filosofía, el abanico y otras amenidades de su vieja civilización. Así se lo han pagado a los inocentes chinos.

Como ocurre en todos los imperios, menos en el que ha fundado Franco, en el imperio japonés hay un emperador, que ahora se llama Hirohito, pero a quien los japoneses no llaman así, sino Heika-Denka (Sublime Majestad) o Tenshi-Shama (Hijo del Cielo) y también, para abreviar, "Ser Supremo del Cosmos del Japón". El emperador representa la esencia divina del Estado y pertenece a una dinastía que lleva en el poder unos dos mil seiscientos años, o sea dos mil quinientos noventa y ocho más de lo que duró en España el bienio negro. Hirohito es el ciento vigésimocuarto soberano de esa vieja y consecuente dinastía, a la que ahora va a poner fin Franco, que algo bueno tenía que hacer. El origen de esa dinastía es mitológico, con dioses incestuosos, que con sus extraños acoplamientos, a veces puramente coreográficos, han venido a producir, al cabo de los siglos, el curioso ejemplar imperial de nuestros días. Parece ser que, a partir del incesto original, las costumbres de esa familia se adecentaron y no ha tenido que avergonzarse en los últimos años de ejemplos de liviandad como los que nos han ofrecido los Borbones. Pero, de todas maneras, si por casualidad uno fuese alguna vez emperador del Japón, no le agradaría que le recordasen lo que hicieron, para fundar la dinastía, la hermosa Amaterasu y el hercúleo Susanoo, que eran hermanos, es decir, hijos carnales del mismo dios mitológico.

Dado el origen divino del emperador, no está permitido mirarlo en persona y sus fotografías han de estar cubiertas con gasa o celofán como el queso en los buenos comercios de abarrotes. Tampoco está permitido tocarlo, y cuando necesita hacerse un traje, su sastre ha de tomarle las medidas a distancia; y así va el pobre hecho una verdadera facha.

Hirohito tiene 44 años. A los 23 se casó con la princesa Nagako Kuni, chatita como él y de su misma elegancia, de la que ha tenido seis hijos, no sabemos si hechos también a distancia. Uno de estos hijos es el príncipe heredero, el que Franco está dispuesto a dejar sin trono, igual que a don Juan.

Delante del emperador se puede estar con el sombrero puesto, pero no con abrigo aunque haga frío. Hirohito no bebe ni fuma. Lleva gafas, como todos los japoneses que conocemos, y algunos dientes de oro.

El Japón vivió en el misterio para los occidentales hasta que, a principios del siglo XVI, llegaron allí algunos audaces mercaderes holandeses, tras los cuales fué el navarro San Francisco Javier, discípulo y compañero de San Ignacio de Loyola, dispuesto a evangelizar a aquellos infieles amarillos. Ocurrió lo que pasa siempre con los jesuitas, que, por lo visto, no escarmientan: hoy un clavito para colgar el manteo, mañana la casita, etc., etc.; hasta que por fin, en 1637, los japoneses se dedicaron a martirizar a los misioneros que podían coger vivos y los expulsaron a todos. Asusta pensar lo que hubiera hecho Franco con aquellos verdugos sacrílegos si llega a mandar en aquella fecha. El país japonés quedó entonces herméticamente cerrado, hasta el punto de que se castigaba con la muerte la construcción de embarcaciones que pudieran llegar a cualquier costa vecina. Los japoneses habían quedado hartos de comerciantes holandeses y de jesuitas españoles. Cierto es que por mucho menos dictó nuestra República las leyes laicas, que tanto disgustaron luego a don Niceto.

Cerrado a todo contacto exterior continuó el Japón hasta 1853, cuando el comodoro norteamericano Perry llegó con su navío y sus cañones y abrió aquel país al comercio yanqui, para venderle relojes Roskoff, medias de seda, cacerolas de aluminio, pelotas de fútbol, sombreros hongos, gramófonos, frigidaires, bicicletas, encendedores automáticos, chiclé para mascar, tirantes para los pantalones, ametralladoras, automóviles Ford, coca-colas y otras maravillas de la civilización mecánica. Inmediatamente, los japoneses se pusieron a fabricar los mismos relojes Roskoff, las mismas medias de seda, las mismas cacerolas de aluminio, etcétera, etcétera, para venderónoslos a nosotros, completándose de ese modo el ciclo comercial abierto por el comodoro Perry. El Japón había nacido a la vida industrial moderna.

No por eso modificó su organización feudal y aunque muchos japoneses se vistieron de chaqué y sombrero de copa y se implantó en el país un remedo de régimen constitucional y parlamentario, siguió siendo el país del bushido o código de caballería, del culto shintoísta, de los daimios, samurais, shogunes (o "generalísimos" como el nuestro) y otras especies medioevales, que perduran aún en el Genro o Consejo de los Ancianos.

Los japoneses son corteses, ceremoniosos, fanáticos, disciplinados, mañosos, estóicos, suspicaces, galantes, heroicos, sobrios y... contradictorios. Practican el hara-kiri como sistema nacional de suicidio, el jiu-jitsu como método de lucha personal y cultivan la poesía en forma de haikai o pequeños poemas simbólicos como la muestra:

Lago en calma;
al ver el fondo del agua, vanidad
del patito.

Ciruelo es el hotel
cargados de ricos frutos que pican
los ruiseñores de paso.

Cuando hay guerra se exacerba la afición poética en los nipones. Durante la guerra ruso-japonesa se fundaron en el país centenares de sociedades poéticas para que no les faltasen haikais a los soldados. El año 37, en plena guerra con la China, se celebró un certamen poético al que fueron presentados treinta mil poemas. El propio emperador envió uno, que decía:

Al visitar yo el promontorio de
(Sino,
las nubes eran impulsadas a lo lejos
sobre el mar.

La emperatriz envió también un poema a aquel certamen, pues es poetisa y compositora, cosa que desagrada a su suegra, la emperatriz viuda, mujer algo chapada a la antigua.

En esos poemas no se habla de guerra, sino de paz, pues los japoneses proclaman siempre sus sentimientos pacíficos, aun en el mismo momento en que están desollando vivo a un prisionero de guerra; y esta palabra les suele inspirar repugnancia. Así, a la guerra con China le llaman el "incidente chino". Dicen que están "liberando a China" o "reanimándola en favor de la paz". Tal odio tienen a la palabra guerra, que empiezan siempre a hacerla a traición, sin declararla.

Este espíritu contradictorio y paradójico del japonés se manifiesta también en otras cosas: por ejemplo: en los banquetes suelen bañarse los invitados antes de comer, con agua muy caliente, casi hirviendo, y luego comen los alimentos —especialmente el pescado— casi crudos. Es decir, en vez de cocer los alimentos, se cuecen los comensales. Otro ejemplo: el torpedo humano es invento japonés, y consiste, en vez de disparar un torpedo y quedarse tranquilo en su sitio el artillero, en salir disparado hacia el blanco el propio artillero, haciendo las veces de proyectil.

Entre los japoneses, como entre los árabes, el eructo es un cumplimiento. La prostitución es en el Japón una profesión honorable. A ningún caballero japonés se le retira el saludo porque venga de dejar a su hija en una casa de lenocinio para ganarse honradamente la vida. Tampoco allí se considera la borrachera como un vicio o exceso lamentable, y el estado de embriaguez es distinguido y honorífico.

Algo más se sab de los japoneses, pero el artículo se hace demasiado largo. Y saben, pues, los españoles con eú gente nos las tendremos que n t e n d e r cuando Franco le declare la guerra para hacerl grato a las democracias. Hay ue estar prevenidos.

EL VALIJERO

Juicios de Don Fernando de los Ríos

El valor cultural de la emigración española

En una reunión celebrada en Austin, Tex., patrocinada por el Instituto de Estudios Panamericanos, perteneciente a la Universidad de Texas, don Fernando de los Ríos, ex embajador de la República en Washington y actualmente Delegado de la Junta Española de Liberación, se refirió a las actividades culturales de los refugiados españoles acogidos a la hospitalidad de diversos países.

"Estados Unidos, Inglaterra y los países iberoamericanos, con excepción de Perú, recibieron a profesores, hombres de ciencia y otros intelectuales, —dijo don Fernando de los Ríos—. Agregó que esos profesores e intelectuales prosiguen sus labores en dondequiera que están.

Citó específicamente la labor del físico don Blas Cabrera, quien continúa sus estudios respecto a la estructura del átomo, de don Honorato de Castro, cosmógrafo que ha ayudado al Ejército norteamericano en Puerto Rico, de Pío Ortega, quien se halla en la capital argentina, estudiando el sistema nervioso. En Panamá, un profesor español refugiado, don Demófilo de Buen ha sido llamado por el Gobierno para que prepare un nuevo Código Civil y algunas leyes complementarias. En Bolivia se encomendó una tarea parecida a un famoso abogado español: don Angel Ossorio.

"En todos los campos, las aportaciones de los refugiados españoles han sido increíbles —dijo De los Ríos—. Están contribuyendo a la transformación y enriquecimiento de la ciencia, de la literatura, de las humanidades".